

Nicola Griffith

HILD

Traducción de
Íñigo de Amescua y Fernández de Casadevante



EDITA **A. Machado Libros**

Labradores, 5. 28660 Boadilla del Monte (Madrid)

machadolibros@machadolibros.com • www.machadolibros.com

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida ni total ni parcialmente, incluido el diseño de cubierta, ni registrada en, ni transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, ya sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electro-óptico, por fotocopia o cualquier otro sin el permiso previo, por escrito, de la editorial. Asimismo, no se podrá reproducir ninguna de sus ilustraciones sin contar con los permisos oportunos.

Título original: *Hild*

Copyright © 2013 by Nicola Griffith

Map copyright © 2013 by Jeffrey L. Ward

Published by arrangement with Farrar, Straus and Giroux, New York

© de la traducción: Íñigo de Amescua y Fernández de Casadevante, 2022

© de la presente edición: Machado Grupo de Distribución, S.L., 2022

REALIZACIÓN: A. Machado Libros

ISBN: 978-84-7774-897-7

DEPÓSITO LEGAL: M-26.066-2022

Impreso en España

Para Kelley, mi urdimbre y mi trama

El reino de Northumbria se fundó con la unión de dos reinos vecinos: Deira y Bernicia.

1

Aunque ella aún no lo sabía, su mundo entero cambiaba en aquellas últimas horas de la tarde. Ajena a todo lo que ocurría a su alrededor, la niña estaba tumbada, absorta, al borde del soto de avellanos. Había apoyado una de sus mejillas sobre un colchón de musgo que olía a los últimos rayos del sol y a excrementos de lombriz. Al mismo tiempo, la muchacha escuchaba con atención los apagados sonidos del bosque. El viento en los olmos, alejándose del día; los grajos que mudaban el sentido de sus graznidos desde el «¡Fuera de aquí! ¡Fuera!» al «¡Ahora a casa! ¡A casa!»; los leves susurros de las musarañas escabulléndose a toda prisa bajo las capas de hojas que se acumulaban en el suelo antes de que comenzara la hora de caza de los búhos. Desde aún más lejos, llegaban los enojados gritos de los gansos mientras la pastora los conducía de vuelta al interior de la valla de zarza. La niña sabía, de esa manera intuitiva en que los niños de tres años perciben el paso del tiempo, que muy pronto Onnen vendría a por ella y a por Cian para llevarlos rápido de vuelta a casa.

Onnen, prima zurda del rey Ceredig¹, siempre parecía estar apremiada; Hild, por su parte, no parecía estarlo nunca. A ella le gustaba el lento ritmo que llevaban sus días: el tiempo que pasaba a solas (la presencia de Cian no contaba en este sentido) y el tiempo junto al fuego escuchando los murmullos de británicos, anglos e incluso irlandeses. A Hild le gustaba pasar tiempo en los márgenes de las cosas: los límites de

¹ N. del T.: Ceretic de Elmet o Ceredig ap Gwallog fue el rey de Elmet, un reino britano que ocupaba el norte de Inglaterra en la época posterior al Imperio romano.

una multitud, las orillas de los estanques, el borde del bosque. Lugares por donde debe pasar todo, pero a los que, en realidad, nadie pertenece.

Los gritos de los grajos se desvanecieron. Los gansos fueron acallando sus voces. El viento se calmó. Ella se sentó.

«¿Cian?»

Cian, que estaba sentado con las piernas cruzadas como solo puede hacerlo un niño de siete años, levantó la vista de la vara de avellano que estaba pelando.

«¿Dónde está Onnen?»

Cian hizo silbar el aire con su rama: «Machacaré ese árbol, como los guerreros de Gododdin² se enfrentaron una vez a los malvados bryneich³.» Pero los susurros y suspiros de los olmos estaban tornándose ya en callado rugido durante esas primeras horas de la noche y a ella no le importaban nada esas historias sobre malvadas hordas guerreras derrotadas en la antigüedad por sus antepasados anglos.

«Quiero que venga Onnen.»

«Ya vendrá... O quizá yo podría ser el héroe Morei, quemando los ajros, muriendo con una luz roja resplandeciendo en el esmalte de mi armadura, en el borde de mi escudo.»

«Quiero que venga Hereswith.» Si no podía venir Onnen, que al menos viniera su propia hermana.

«Podría hacer una espada también para ti, así podrías ser Branwen.»

«Yo no quiero una espada. Quiero que venga Onnen. Quiero a Hereswith.»

Cian suspiró y se puso en pie. «Bueno, pues nos vamos ya, si es que tienes miedo.»

Hild frunció el ceño. No estaba asustada. Tenía tres años, ya llevaba zapatos. Entonces oyó unos pasos limpios y ordenados que provenían del camino de los leñadores y se alegró mucho. «¡Onnen!»

Pero según iba acercándose a ellos la madre de Cian, Hild volvió a fruncir el ceño. Onnen no parecía andar a toda prisa como siempre. De hecho, Onnen se detuvo aún un momento más para alisarse el pelo mientras Hild y Cian esperaban juntos, muy cerca el uno del otro.

² N. del T.: Pueblo britano que habitaba el noreste de Inglaterra en el territorio que ocupa, en el tiempo de la novela, el reino anglosajón de Bernicia donde se desarrolla la trama del libro. El *Y Gododdin*, poema medieval galés que contiene elegías dedicadas a los guerreros de este reino.

³ N. del T.: Habitantes del reino britano, localizado en la costa noreste, que posteriormente daría nombre al reino anglo de Bernicia.

Onnen se detuvo ante Hild.

«Tu padre ha muerto.»

Hild miró a Cian. Él sabría lo que esto significaba.

«¿El príncipe ha muerto?», preguntó él.

Onnen miró a ambos niños fijamente. «Mirad, ahora que ha fallecido no es buena idea llamarlo príncipe.»

A lo lejos, un grajo, sentado en una rama, graznó una sola vez.

«¡Papá es el príncipe! ¡Lo es!»

«Lo era.» Con pulgar firme, Onnen limpió una mancha de barro del pómulo de Hild. «Pequeña, el señor Hereric era nuestro príncipe, en efecto. Pero no volverá. Y tus problemas solo acaban de empezar.»

Problemas. Hild sabía sobre ellos por las canciones que había escuchado.

«Vamos, te llevaré con tu madre..., mantén la boca cerrada y la mente alerta. Sé que eres capaz de ello. Tú, Cian, quédate conmigo. La alta sociedad no nos necesita en sus asuntos por ahora.»

Cian golpeó a un enemigo imaginario. «Alta sociedad», repitió, con el mismo tono con el que más tarde dijo «¡alimenta a los cerdos!» cuando Onnen le pidió que lo hiciera. Se frotó la piel bajo la nariz con el nudillo, como hacía cuando intentaba no llorar con todas sus fuerzas.

Hild lo abrazó. No se juntaron del todo, pero ella apretó tan fuerte como pudo. Los problemas significaban que tenían que escuchar, no luchar.

Y ambos se vieron rodeados de repente por los brazos de Onnen, la capa de Onnen, el olor que manaba de Onnen a lana, a mujer y a malta tostada. Hild supo en aquel momento que ella había estado elaborando cerveza esa misma tarde y, por un momento, pareció que aquella tarde volvía a ser casi como cualquier otra tarde.

«Nosotros», susurró Cian, y abrazó a Hild con fuerza. «Siempre juntos.»

«Siempre juntos», contestó Hild, aunque no estaba del todo segura de lo que quería decir.

Cian asintió. Mantuvo un brazo protector alrededor de Hild, pero miró a su madre. «¿Fue por una herida causada en un combate?»

«No, no fue por eso..., pero ya hablaremos sobre ello más tarde, cuando podamos. Por ahora, llevaremos a la niña con su madre y nos mantendremos lejos del gran salón.»

Caer Loid, en el corazón de Elmet, no era una residencia que destacara por ser ni grande ni lujosa. Hild lo sabía porque cuando llegaron

aquí por primera vez, meses atrás y bajo una intensa lluvia, su madre había hecho ese gesto con la nariz que, en ella, era muy parecido a un suspiro. Breguswith había hecho esta mueca muy a menudo durante su exilio entre los reinos extranjeros, siempre como un prelude para animar a Onnen y sus otras damas a que comenzaran a organizar todo lo necesario para que una estancia temporal en algún lugar indeterminado pudiera llegar a ser un reflejo de su antiguo hogar. Ella, mientras, organizaba sus cajas de ruedas y husos y se enganchaba bien la rueca en el cinturón. En aquellos días, Hild y Hereswith aún se arrastraban como ratones y la veintena de gesiths⁴ que estaban a su servicio disfrutaban de lujos tales como magníficos tahalíes para sus espadas, hilo de oro en el tejido de sus dobladillos y puños e incluso bordados a lo largo de las mangas. Debían lucir orgullosos, radiantes y bien provistos para que todos supieran quiénes eran, cuál era su origen y qué responsabilidades podían obtener aún al servicio de lady Breguswith y de Hereric, su señor, y próximo rey de Deira.

Hild no recordaba ninguna imagen o sonido de Deira, su hogar, que se vieron forzadas a abandonar hacía ya demasiado tiempo y que ejercía como modelo conforme al cual se comparaba todo lo demás. Hild tenía algunos vagos recuerdos del sol sobre las ciruelas. También otros sobre un lugar elevado repleto de cabezas de ganado que mugía sin cesar y donde soplaban un viento amargo. Recuerdos de barcos, carros y del recodo del brazo de su padre cuando cabalgaba, pero sabía que ninguno de esos recuerdos era o podría llamarse su hogar. Æthel-frith Iding, rey anglo de Bernicia, los había expulsado antes siquiera de que ella y su hermana hubieran nacido. Hild identificaba a algunos caballeros que parecían provenir de ese hogar perdido hace mucho tiempo cuando llegaban galopando en monturas reventadas que, a causa del esfuerzo, padecían ya de las consecuencias de la infosura. Hombres que se colaban a través de la valla que rodeaba el recinto en las noches de luna llena. Los reconocía por sus gruesas capas, sus largos cabellos y barbas y por sus conversaciones en anglo. Sus palabras retumbaban como manzanas derramadas sobre unas tablas de madera: redondas, ricas, conmovedoras. Como lo hacían las palabras de su padre, su madre y su hermana. Sílabas que sonaban totalmente diferentes a las del britano que hablaba Onnen, veloz como una nutria, o al resplandor líquido y oscuro que tenía el irlandés. Hild hablaba con cada uno de ellos en su idioma correspondiente. Hablaba manzana

⁴ Caballeros bajo juramento. Guardias.

con las manzanas; nutría con las nutrias; palabras de resplandor oscuro con los del resplandor oscuro. Eso sí, siempre y cuando su madre no estuviera presente. Nunca te rebajes a hablar en las lenguas de los extranjeros, decía su madre, ni siquiera en britano, ni siquiera con Onnen. Nunca confíes en los extranjeros, especialmente en esos sacerdotes espías rapados.

* * *

Desde el establo llegó el típico resoplar y relinchar de caballos presentándose unos a otros. Al menos dos voces nuevas entre ellos. Hild se aferró más a la mano de Onnen y Onnen la sacudió ligeramente: «¡Boca cerrada, mente alerta!»

Los jinetes recién llegados estaban reunidos con el rey Ceredig y lady Breguswith en el gran salón. La estancia estaba llena de humo, como todas las viviendas britanas. Hacía mucho calor. La turba de la gran hoguera central ardía a gran altura, aunque en el exterior todavía no hacía tanto frío como para ello, y el olor a viaje y a caballo se percibía claramente emanando de aquellos dos hombres. Además, sus brillantes capas a cuadros estaban llenas de barro en el dobladillo y en el asiento. Breguswith miraba distraídamente el fuego mientras sujetaba la rueca bajo el brazo izquierdo y hacía rodar el huso de hilo por su pierna con su mano derecha. Aunque Hild sabía que los dedos de su madre estaban ocupados, ocupados y ocupados sacando el hilo, comprobando la tensión, toda su atención se centraba en el rey Ceredig, que reía y se inclinaba en su taburete dejando que la luz parpadeara claramente en el grueso torques que llevaba colgado al cuello.

Onnen, al llegar, empujó ligeramente a Hild hacia el grupo de su madre. Los visitantes, ambos delgados, con magníficos bigotes y un aire como de ser hermanos, se giraron.

«Ah», dijo el más alto en lengua britana. Un britano extraño, del oeste. «Tienes el pelo de tu padre.»

Su madre a veces lo definía como castaño Yffing y entonces Onnen añadía: «Su exterior también es como el de la cáscara de una castaña, lleno de espinas.» «O como el de un erizo», respondía su madre, y todos reían juntos. Nadie reía ahora salvo Ceredig, y su risa era la típica risa porque-yo-soy-el-rey, la risa que usaba durante las visitas importantes para mostrar relajación en su propio salón. «Todo lo que hace un rey es mentira», solía decir Onnen.

Entonces el desconocido miró a la espalda de Hild. «¿Y este chico quién es?»

Hild se giró para mirar. Cian la había seguido hasta el fuego, listo para apartarla rápido de allí si hacía falta como ya había hecho la pasada primavera cuando un carnero cargó contra ella por acercarse demasiado a él.

«No es nadie», dijo su madre, en anglosajón. «El hijo de mi asistente.» Y, mientras lady Breguswith se giraba con esa gracia elegante y descuidada que provocaba que los hombres la miraran, que hacía que los extraños miraran, Onnen puso su brazo alrededor de Cian y lo atrajo suavemente de nuevo hacia las sombras. Pero este visitante era mucho más resuelto que la mayoría.

«Espera», dijo. «Tú.» Y le pidió que se acercara con un gesto de su dedo. Onnen y Cian volvieron a la luz. «¿Tu nombre?»

«Onnen, señor.»

«¿Y este es tu hijo?»

«Lo es, señor.»

«Y tú, Onnen, ¿has nacido aquí?»

«Sí, señor. Hace seis y veinte años.» Su postura se hizo un poco más orgullosa. «Soy prima del rey Ceredig.»

«Todos sois primos en este bosque de mala muerte», dijo el segundo forastero que ya comenzaba a darles la espalda mientras hacía señas al primero para que hiciera lo mismo. Hild intuyó en ese momento que, aunque su madre y Onnen no habían afirmado nada que fuera mentira a los visitantes, se les había ocultado una verdad más profunda.

«Boca cerrada, mente alerta.»

«Edwin Barbas de Serpiente vendrá a vengar la muerte de Hereric Yffing», indicó uno de aquellos dos extraños al rey.

«Por supuesto que vendrá. Vendrá desde el sur con la horda de Rædwald⁵ para reclamar Deira⁶ y arrojar la muerte de su rival por el trono a mi puerta. La excusa que ha estado buscando. O fabricando.»

Onnen trató de alejar a Hild de la conversación, pero Hild se pegó al suelo de la misma manera que los cachorros se dejaban caer, flácidos y pesados, cuando ella trataba de levantarlos del suelo.

Ceredig seguía hablando: «... este salón arde ya sobre nuestras cabezas, ¿crees que podría encontrar un lugar para refugiarme junto al rey de Gwynedd⁷?»

⁵ N. del T.: Regente del reino anglosajón de East Anglia que ocupaba la costa sur de la isla de Inglaterra, en los condados de Norfolk y Suffolk. Parece que la ayuda de Rædwald, regente de este reino, fue vital para la llegada de Edwin al poder.

⁶ N. del T.: Reino anglo situado al sur de Bernicia.

⁷ N. del T.: Reino britano situado en el norte de la actual Gales.

El desconocido se encogió de hombros: tal vez sí, tal vez no.

«Entonces, lucharé. Es lo que debo hacer. Y así, crearé una excusa para que Cadfan de Gwynedd, a su vez, arrase el norte a fuego y espada en respuesta a los ataques de los anglos. Marro, tú informa al rey Cadfan⁸ y a su joven heredero Cadwallon de que un día tendrán que enfrentarse a esa serpiente, a ese asesino de reyes, en campo abierto. Diles eso.»

«Se lo diré», contestó Marro.

Gwynedd, pensó Hild. Marro. Cadwallon.

Su madre, mientras la miraba fijamente, se dirigió a ella y, suavemente, le dijo: «Ahora ve con Onnen y con tu hermana. Consuela a Hereswith por mí.» Y la mente de Hild se cerró por completo sobre aquellos nombres como si nunca hubieran existido.

Hereswith tenía ocho años. Su pelo era como el de su madre, del color de la miel del tilo y su cara era redondeada y bonita, también como la de su madre. Esa noche, cuando Onnen apartó la cortina bordada, Hereswith se dejó caer en sus brazos llorando, balbuceando en una mezcla de anglo y britano: ¿Qué pasará ahora? ¿Dónde vamos a ir? ¿Había sufrido padre antes de morir? ¿Se morirían de hambre a partir de ahora? ¿Dónde estaba su madre?

Ver llorar a Hereswith provocó un cosquilleo en el pecho de Hild. Luego su nariz empezó a moquear y después gimió un poco cuando Onnen desató su sayo y las arropó bien juntas sobre el colchón de pelo de caballo y arrayán. Onnen les prometió leche caliente y acarició su pelo castaño. Su pelo castaño como el de su difunto padre.

Hild se sumió en un silencio total e imaginó que no escuchaba nada más que el viento en los olmos soplando allí donde le apetecía como un suave aullido bajo la luna.

Se despertó al escuchar la lenta y rítmica respiración de Hereswith a su lado y el murmullo de su madre sobre sus cabezas. Cerró los ojos con fuerza.

«... no podemos huir a Frankia, no con la temporada de tormentas echándose encima y azotando ya el mar.»

«Los Hwicce podrían acogernos», aventuró Onnen. «Dieron asilo a Osric. Y él también es uno de los herederos.»

«Es solo un primo. Y muy pronto estará cabalgando a Deira para tenderse panza arriba ante Edwin el Usurpador y besar su anillo.»

«Como hará el resto de la isla.»

⁸ N. del T.: Cadwallon ap Cadfan. Rey de Gwynedd.

«Como toda la isla.» Se escuchó un débil chasquido cuando Breguswith deslizó su fino huso y lo depositó en el cofre con incrustaciones de marfil que contenía sus más preciados tesoros. «Ah, Onnen, Onnen..., se suponía que iba a ser rey, no que iba a morir envenenado como un perro.» Y Hild supo, en ese momento, que estaban hablando de su padre.

«Estamos solas en este mundo», añadió Onnen.

Un débil tintineo sonó en la habitación mientras su madre se desabrochaba el cinturón y lo colgaba cuidadosamente en un gancho. Hild, en ese momento, imaginó, una a una, todas las cosas de su madre colgadas ahora en ese mismo gancho: el cuchillo en su funda hilada, su cristal para ver mejor, el estuche de la aguja, el acero para hacer fuego y el yesquero, el bolso con la tiza, el hilo y las horquillas de repuesto...

Se despertó de nuevo cuando su madre, con su voz de hierro, anunció: «Pediremos asilo a Edwin, él es el vencedor.»

Hild sintió una leve caricia en el pelo, pero se obligó a permanecer inmóvil y copió la respiración de Hereswith: inhalar y exhalar, inhalar y exhalar. Su madre olía a humo y a cerveza de brezo.

«Como rey, sus sobrinas pueden ser valiosas.»

«¿Igual que en el sueño que tuviste?»

«Como en mi sueño.»

«Es tan pequeña...»

«Es una Yffing. La necesidad obliga. Estará lista. Ambas lo estarán. Cada una a su manera.» Y entonces, el roce de la mano sobre su pelo desapareció y Hild oyó el tenue sonido de su madre deshaciendo su cabello y quitándose los alfileres seguido del rumor de las dos mujeres moviéndose por la habitación y el siseo de un soplido apagando la luz.

Hereswith se acercó unos milímetros a Hild y le susurró al oído: «Ese estúpido sueño..., ¡la luz del mundo! ¡Ja! Lo tuvo cuando todavía pensaba que podrías ser un niño.»

* * *

Al día siguiente Hild no podía comer nada. Esperaba la llegada de ese usurpador que era tío suyo, ese Edwin. Pero no vino nadie; fue un día como cualquier otro salvo por dos sucesos. En primer lugar, cuando llegó el momento de lavar y luego enjuagar el pelo de los tres niños, Onnen añadió agalla de roble al agua cuando lavó el cabello de Cian.

«El mío lo has enjuagado con vinagre», dijo Hild, mirando el agua negra de la bañera. Hablaba más para distraerse de su propia miseria que por cualquier otra cosa. Odiaba lavarse y enjuagarse el pelo. No importaba cómo lo intentara, siempre acababa llegándole el agua al cuello.

Además, no importaba lo caliente que estuviera el agua al principio, para cuando llegaba a la altura de sus omóplatos, estaba ya fría.

«Y el mío también», dijo Hereswith. «Me dijiste que era por el olor y el brillo. ¿Por qué a nosotras no nos lo lavas con agalla de roble?»

«Porque oscurecería tu bonito pelo color miel.»

«Papá me llamaba miel. Pero a Hild no. Ella no tiene el pelo color miel.»

«Lo que hace brillar tu pelo y el de Hild, y lo que hace brillar el pelo de Cian es diferente. Su pelo es diferente.»

Pero no era así, pensó Hild. No lo era. Su pelo y el de Cian eran incluso del mismo color. O lo habían sido antes de que Onnen usara la agalla de roble para lavarle.

En ese momento, mientras los tres niños temblaban como ratas mojadadas, Inis, la mano derecha del rey, entró en la habitación. «Te buscan», le dijo a Onnen. «A ti y al niño, a ambos.»

Onnen se llevó a todos juntos a la vez, porque tres niños empapados tienen la tendencia a pelearse cuando no hay nadie que les vigile.

El fuego central del salón ardía con fuerza. El rey Ceredig llevaba su capa ceremonial de piel de lobo y el torque más llamativo que poseía, aunque allí no había nadie más que dos sirvientes cerca de una de las paredes.

Onnen y los tres niños se detuvieron justo en el dintel de la puerta.

«Acercaos», ordenó el rey. Onnen recogió a Cian bajo un brazo y a Hereswith bajo el otro, y se acercó. Hild caminaba junto a Cian, con la mano en el cinturón, como le habían enseñado. Estaba muy nerviosa porque Onnen también estaba muy alterada, pero también estaba embargada por la curiosidad por lo que podría suceder a partir de ahora.

«Parece, prima, que has hecho un buen trabajo con estos niños durante los últimos años..., pero un niño necesita un padre.»

«No conozco a su padre. Yo era más guapa entonces y no me preocupaba demasiado de llevar un registro... Como tú mismo sabes muy bien, primo.»

Ceredig sonrió y se agachó un momento para recoger algo que guardaba bajo su banco. Hild no podía ver bien lo que era, pero Cian obviamente sí podía. La túnica húmeda que le cubría los hombros tembló al mismo tiempo que su corazón comenzó a martillar en sus sienes.

El rey le tendió una pequeña espada de madera de roble, con una preciosa empuñadura pintada y tallada con gran delicadeza, y un pequeño escudo de mimbre. «Bueno, ven aquí, muchacho.»

Onnen le soltó la mano, al igual que Hild, que, al mirarle, pensó que Cian iba a desplomarse allí mismo. Al cabo de unos segundos, el niño consiguió caminar directo hacia el rey.

«Te falta un año para que comience tu entrenamiento con armas, pero quién sabe dónde estaremos dentro de un año. Un niño necesita una espada y tú no tienes un padre que pueda dártela. Extiende tu brazo izquierdo.» El rey deslizó las correas del nuevo escudo en el brazo del niño. Hild podía oler aún el hedor del curtido que provenía del cuero. «Agarra bien el... Ah, por lo que veo ya tienes el derecho puesto también.» El brazo entero de Cian se tensó mientras apretaba la barra en la parte de atrás del pequeño escudo. «Y ahora la otra.» El rey le puso la empuñadura de la espada en la mano derecha. Sonrió y, mirando directamente a los ojos de Onnen, bromeó: «Ahora no les saques los ojos a tus..., a estas dos niñas, o tu madre vendrá a por mi pellejo.» Tras pronunciar estas palabras Cian se dio la vuelta y Hild se dio cuenta, asombrada, que era porque Onnen estaba llorando.

«Ven», dijo Onnen pasados unos segundos con un tono de voz que Hild apenas le había escuchado antes. «Ven. Rápido, rápido. El rey ya ha pasado suficiente tiempo con tres niños con la cabeza mojada.» Los reunió muy cerca de ella y salieron de la habitación.

Caminaron en silencio unos minutos hasta que, cuando ya habían pasado el silo, Cian se detuvo de repente y gritó: «¡Tengo una espada!», mientras golpeaba su escudo con ella.

«Tienes un escudo», resaltó Onnen. «Dondequiera que vayas.»

Una espada recibida de las manos de un rey: un escudo y un camino marcado.

El otoño sopló, las hojas cayeron, las llamas del fuego trepidaron y, en el salón, la canción se convirtió en sonido de guerra. Herewith se negó a hablar otra lengua que no fuera el anglo y Breguswith —cuando no estaba enseñando a Hild que, si bien un arrendajo era señal de mala suerte, dos no significaban doble mala suerte sino todo lo contrario— se pasaba el día cerca de Burgræd, el jefe de su guardia de élite, conversando con él elocuentemente, hablando, hablando. Incluso cuando la mayor parte del resto de hombres de su guardia ya dormían o se emborrachaban con los hombres de Ceredig.

«Tu señor ha muerto y tu juramento ha desaparecido junto a él», dijo Breguswith a Burgræd una oscura tarde. Hild estaba medio dormida en la cadera de Onnen, adormecida por el sonido repetitivo provocado por el girar de la hilatura. «Lo único que nos ha dejado ha sido las niñas, ningún heredero por cuyo honor debas luchar. Tal vez, jurar tu espada y tu honor a Ceredig en este momento te parezca el camino más digno. Es un rey. Pero, mientras esta turba arde ante nuestros ojos, Edwin se dispone a tomar el reino de Deira a sangre y fuego. Antes de

que caiga la helada estará ya afianzado en él y pondrá rumbo a Elmet. Aplastará también este reino. Ceredig no podrá hacerle frente con más probabilidades de éxito que el de una solitaria hoja desafiando al invierno.» Entonces se reclinó despacio. Breguswith era la viva imagen de la confianza y de la exuberancia anglosajona, con su suave cabello color miel, su vestido exquisitamente decorado y los destellos de oro brillando en su garganta y su muñeca. «Sin duda habrá muchos que tengan una muerte gloriosa.» En ese momento, desvió la vista hacia el joven hijo del gesith, que jugaba a las tabas con los hombres de Ceredig, y acabó su frase: «Aunque la de Ceredig no será una de ellas.»

Burgræd, un hombre fornido con vetas grises en el pelo de la barba a ambos lados de la boca y un pómulo más alto que el otro, pasó uno de sus encallecidos dedos por el borde de su copa y no dijo nada.

«Morirás por él, pues con toda seguridad tú sí cumplirás el juramento. Eres un anglo. Pero, ¿moriría él por ti? ¿Cuánto vale el juramento de un extranjero?»

Breguswith tomó la copa de Burgræd y le sirvió más cerveza y, mientras llenaba la suya propia, observó la sala. Hild cerró los ojos con fuerza. Con solo tres años ya comprendía el enorme peligro que conllevaba insinuar, en su propia casa, que un rey no era capaz de cumplir su juramento: nunca digas nada peligroso en voz alta.

Ambos sorbieron de sus copas. Un sirviente se acercó para echar más turba en la hoguera, que crepitó como respuesta. Cuando el mozo se hubo ido, Breguswith, con más suavidad aún que antes, vaticinó: «Sabad esto. Nosotras nos iremos de este bosque antes de que el rey Edwin caiga sobre Ceredig. Partiremos a su encuentro en Deira. Con el tiempo, mis hijas contarán con su favor y medrarán en la corte. Tú también podrías ascender con nosotras. Y no estarías bajo las obligaciones de un juramento de gesith. Podrías retirarlo en cualquier momento.»

Cuando Burgræd se fue, su madre se inclinó y le susurró al oído: «Boca cerrada, mente alerta, espinita mía.»

Durante un tiempo parecía que nada había cambiado. Cian no iba a ninguna parte sin su espada de madera y su escudo de mimbre y se volvió un auténtico fastidio lanzando desafíos a malvadas ramas o abalanzándose sin previo aviso contra un grupo de hongos de los que crecen en el tronco de un abedul enfermo. Todo este exceso de actividad hacía más difícil que Hild pudiera permanecer atenta en los márgenes. ¿Cómo podía permanecer inmóvil durante unos minutos y escuchar atentamente cuando los alaridos de Cian hacían que los grajos graznaran y huyeran o que los ciervos corrieran a refugiarse en la maleza? ¿Cómo podía estudiar los movimientos de un viejo zorro descansando bajo la

fina luz del sol de la mañana para peinarse el pelaje del pecho con la lengua, si salía corriendo en el momento en que Cian empezaba a rodar y dar tumbos contra enemigos invisibles en las hojas?

Ayudó a Onnen a recoger huevos y se sintió muy orgullosa de no haber roto ni uno. También intentaba ayudar en la recogida de avellanas junto a todos los demás, aunque había que llevarla en brazos cuando la caminata se hacía demasiado larga. Se sentó con Hereswith mientras su madre le explicaba cómo se hilaba el hilo a lo largo y a lo ancho y cómo, mezclando ambos, se podían hacer tejidos con diferentes dibujos. En el sombrío salón prestaba atención al sonido como de chasquido de baldosas que producían las palabras en latín de los obispos extranjeros y a la música del arpa que tocaba el viejo Ywain cuando se encontraba bien para tocar. Le gustaba el sonido de la voz del anciano cuando calentaba sus cuerdas vocales solo para sí mismo; después el ruido de los hombres que dejaban a un lado sus armas; el de las pesadas empuñaduras depositadas sobre las tablas del suelo y el sonido de bronce y oro de las cuerdas. Hereswith aseguraba que allí, en casa, todos los hombres anglosajones se turnaban para tocar la lira, pero Hild sabía que eso era una tontería. ¿Cómo podrían los guerreros cantar como Ywain con sus voces tan reventadas? Además, las hordas de Æthelfrith Iding ya habían invadido su verdadero hogar antes de que Hereswith naciera. Ahora era Edwin el que, a su vez, estaba expulsando a los Idings.

En ese momento fue cuando Hild recordó que su padre había muerto y que ahora ella nunca tendría un hogar. Así que empezó a tararear la canción heroica que cantaba Ywain mientras trataba de hacer resonar su esternón como estaba segura de que hacía el esternón del anciano cuando cantaba «*Calan hyddrev, tymp dydd yn edwi / Cynhwrv yn ebyr, llyr yn llenwiii*: A principios de octubre, a la caída del día / Tumulto en la desembocadura del río, llenando la orilla.» *Tumulto en la desembocadura del río*, cantó para sí misma, *tumulto en la desembocadura del río*.

Fue en la noche de la siguiente luna nueva, una noche en la que el viento azotaba sin piedad, cuando otro tipo muy diferente de tumulto comenzó entre las sombras. Un tumulto durante el cual alguien envolvió a Hild en un manto y se la llevó con él. Un sordo tumulto cuando Cian, Hereswith, Onnen, Breguswith, unos pocos guardias y sus esclavos subieron a un barco. Un gran tumulto durante todos los días en que estuvieron navegando por el norte bajo una lluvia torrencial mientras el mar rugía como los olmos en otoño. Tumulto también durante la llegada a la desembocadura del río y más aún en el muelle, bien en el interior ya del ancho cauce.